

Había pasado ya demasiado tiempo. Demasiado tiempo... ¿Quién podría acordarse? ¿Quién podría recordar a una dulce joven, rubia y de piel clara, que no hizo otra cosa en su vida que repetir un triste y eterno delirio? Y sobre todo, ¿quién querría acordarse de algo así? De alguien así. Día tras día, semana tras semana, meses, años... repitiendo un cruel y condenado delirio. Un delirio que la mató, con sólo quince años. Un delirio que convirtió su vida en un infierno, sus días en lentas y agónicas pesadillas. Un delirio que perduraba de generación en generación.

Creo que todo esto empezó el día que encontré un libro viejo, gastado, feo... y, de alguna manera, atractivo. O no. No, en realidad creo que este horror comenzó el mismo día en que nací. Lo que pasa es que no me di cuenta. Pero cuando encontré aquel libro, fiel guía de historias de terror... entonces se acabó el disimulo. Entonces se despejaron los subterfugios, los engaños. Y empezó la verdadera pesadilla.

En aquel libro que maldigo con toda mi alma pero no puedo evitar seguir, fueron escritas, en letras de lloro y temblor, todas las historias, desde la primera, a la última. La mía. Ojalá fueran tan solo historias... pero eran mucho más que eso. Escritas a puño y letra con la tinta y el alma de sus protagonistas. Nosotros. Tarde o temprano, todos hemos de continuar escribiendo, el libro de los horrores, el pasaje al infierno. Hubo una época en la que yo fui un niño normal... pero fue hace ya demasiado tiempo. Cada letra que escribo va robando, poco a poco, un trozo de mi corazón, un pedazo de mi alma, y lo ata, irremisiblemente, empujándolo, cada vez más, al eterno fuego de perdición. Y todo esto se desató cuando abrí este maldito libro, cuando empecé a leer.

“¡Veó a alguien! ¡Veó a alguien! Y tengo... tengo que hablar con él... ¡Me está obligando! ¡Yo no quiero hablar con él! ¡Pero tengo que hablar! ¡No! ¡No quiero! Que se vaya... ¿Por qué no se va? Ya lleva mucho tiempo aquí...” Dicen que era una niña,

delicada, hermosa, con el cabello rubio formando una espuma de rizos dorados sobre sus hombros, una cascada brillante que caía sobre su espalda. Lástima que estuviera maldita. Durante toda su existencia, odiosa, terrible, no hizo otra cosa que repetir esas palabras. “Me está haciendo sufrir.” Su voz se volvía ronca, vomitaba sangre con cada arcada repleta de dolor, de angustia. Sólo fue capaz de decir y repetir eso. Una y otra vez. Sólo fue capaz de escribir estas palabras. Sólo eso. No dijo nada más. Nada hasta el grito agudo y desgarrador que dio, con los ojos fuera de las órbitas, en 1497, envuelta y rodeada por las abrasantes llamas de la hoguera. La Santísima Inquisición se había cobrado su víctima. Tenía once años.

Por desgracia, la extirpe no acabó ahí. El siguiente fue capaz de revelar algo más, de decir alguna palabra más que esclareciera nuestra condena. Con voz seca y estremecida, balbuceaba cada oscura noche de su vida incoherentes sílabas, sonidos desprovistos de humanidad. Lo único que gritaba con voz clara, con lágrimas rodando por su rostro, con el horror impreso en la mirada aterrorizada de sus ojos verdes, era que era ella. Casi me parece oírlo entre las pesadillas que adornan mis sueños plagados de sus voces... “¡La que murió! ¡En la hoguera! ¡Es ella! Me susurra... Me susurra cosas espantosas. ¡Me da miedo! ¡Me da mucho miedo! Dice que no tenían que haberla matado... ¡Pero yo no lo hice! ¡Me hace daño! ¡¡Me hace daño!!” Aún siento sus sollozos cada noche, sus despertares en los que aquella dulce niña le hacía sentir las llamas de la hoguera en cada lugar de su piel, en cada parte de su pequeño cuerpo. Repetía, una y otra vez, el castigo que ella había sufrido. Resucitaba el suplicio que le había tocado en gracia para aquel niño de ojos como la hierba. Sus padres, asustados, lo encerraron en un cuarto sin ventanas, con una sola puerta que nunca se abría, y cuya llave nadie tenía, protegiéndolo así de los rumores que le habrían hecho correr el mismo fin que su antecesora. Y sobrevivió, hasta que un día... Un día se escapó. Un día

apareció en el bosque, muerto, y de él ya no quedaba más que sus joyas, reliquias familiares, sepultadas en medio de sus cenizas. Nadie comprendió qué le pasó. ¡Ay, si ellos supieran...! Si ellos supieran... Pero no lo saben. Y yo sí.

La siguiente volvió a ser una chica. Una chica con el rostro pálido. Una chica con el cabello del color del cuervo. Una chica que pasó toda su corta vida suplicando al aire que no se riese así, que por favor no se riese así. Clamando sin cesar a esos ojos verdes que le contemplaban sin dejar de reír. Que por favor callase. Que no hiciese eso. No así. Que por favor no se riese así. Cualquier otra cosa. Por amor de Dios. Así no. Los sollozos histéricos, los gritos de puro y convulso terror. Su familia tuvo miedo del demonio. Espantados. Temieron que el demonio estuviera demasiado cerca. Demasiado cerca... Esa niña murió en París, lejos de sus dos predecesores, sin haber oído nunca hablar de ellos, y la encontraron, en el convento donde estaba recluida, con los ojos abiertos hasta el límite, el pelo blanco como la nieve, y la expresión sobrecogida de terror. Ella fue la mayor de todos nosotros. Quizás la protección de las monjas tuviera algo que ver... O quizás no. Tenía dieciséis años.

Y continuó. Y continuó... Continuó la maldición, si es que es eso, continuaron los sufrimientos, los azotes del infierno, los fantasmas del pasado... Continuó el fuego de la hoguera cobrándose los sacrificios, muertes y dolor, dolor y muertes. Continuó el horrible suplicio, cada víctima convirtiéndose en verdugo, cada uno de ellos volviendo para amedrentar al siguiente, hasta la locura, hasta llegar a la más espantosa y absurda locura. Volviendo para acabar con su elegido... ¡Y ahora soy yo! ¿Es que es imposible de entender? ¡¡¡Ahora soy yo!!! ¡¡Yo!! Soy yo el que cada día sufre, tiembla, tiritita con el sudor frío resbalando por mi frente. Soy yo el que ve cada noche a esa joven de quince años, dulce y rubia, que me mata de dolor. Soy yo el que la ve mirarme, con el odio repleto de locura, el que la oigo reírse, con la misma risa histérica con la que reía

cuando murió. ¡Soy yo! Y yo... Yo sólo tengo doce años. Y tengo miedo. Mucho miedo. Dulce y rubia. Y nadie recuerda su muerte... ¿Cuándo parará? ¿Cuándo acabará? ¿Cuándo...? ¿Cuándo moriré? Las lágrimas corren sin cesar por mi rostro, y mis ojos llenos de terror sólo la ven a ella. Sólo a ella. ¿Y...? ¿Y qué pasará cuando...? ¿cuándo todo acabe? ¿Volveré? ¡Ay! Lo sé, lo sé. No tengo que preguntarlo, ¡lo sé! El psiquiatra que intenta hipnotizarme está extrañado. No puedo explicarse que a pesar de todos sus esfuerzos sólo grite “¡lo sé!” ¡¿Y quiere que haga otra cosa?! Si pudiera... Pero... No puedo para de llorar. No puedo parar de llorar. Está ahí. Y me mira. Y se ríe. Y me vuelve a mirar, agitando sus cabellos rubios sobre mi cara. ¿Por qué no la ven? ¡¿Por qué?! Se ríe. Histérica. Me duele... Mucho... Lo sé. No puedo parar de llorar. No puedo. Y no puedo... Volveré. Volveré, y elegiré a mi víctima, entre todo el mundo, y la haré sufrir. La haré sufrir hasta que no pueda más. Hasta que el continuo gritar de su alma la mate en una noche de luna llena. Hasta que sus gritos de terror me atraviesen dándome la satisfacción que la vida me niega. La haré sufrir. Y sufrir... Sin cesar. Hasta que muera de dolor... ¡Y no quiero! ¡No quiero! Yo no soy así. ¡No quiero ser así! No quiero hacerlo... Pero... Pero sé que lo haré. Sé que entonces querré. Y lo haré. Con todas mis fuerzas.

¡No! ¡¡No!! ¡No vengas! ¡¡Todavía no!! ¡¡¡No!!! ¡Oh, Dios mío! ¡No, por favor!
¡No me toques...! No aprietes tanto... No... Suéltame... Suéltame el cuello... *Suelta...
por favor...*

Su voz queda rota en medio de la consulta. Tiene los ojos abiertos de espanto, y su cara se va oscureciendo poco a poco mientras se intenta llevar las manos al cuello. Nadie hace nada. La lengua le cae a un lado. Tiene marcas en el cuello. La autopsia dice que murió estrangulado.

